

## LA DEBILIDAD DE RAJOY AGUDIZA LA CRISIS DEL PP...

EL MUNDO, editorial, 13.05.08

Aunque Rajoy nunca había tenido unas características ideales para el liderazgo, durante la pasada legislatura había sido capaz de mantener unido el partido en torno a unas ideas básicas. Ahora ese consenso ha desaparecido y queda en evidencia una debilidad política que le ha llevado a arrojarse en manos de los barones y a sembrar la semilla de la división.

La decisión de María San Gil de abandonar la ponencia política del PP tiene mucho que ver con este giro. Resulta especialmente significativo que Rajoy no fuera capaz de convencerla ni el pasado viernes ni ayer lunes para que continuara en la ponencia política y no diera un paso que supone el alejamiento de un partido que necesita personas como ella más que nunca.

El trasfondo de la renuncia de María San Gil tiene mucho que ver con la desconfianza que le suscita el líder del PP, que pretendió moldear la ponencia a través de un monaguillo de cierto postín intelectual pero nula consistencia política como José María Lassalle, pero que, al final, se vio forzado a aceptar sin convicción la redacción que proponía la dirigente vasca para evitar una renuncia que finalmente se produjo.

La impresión que da el PP en estos momentos es que cada día que pasa surge un nuevo problema que agrava la crisis del partido y que desmiente las palabras de Rajoy cuando dijo que él «sabe lo que hace». Muchos militantes y dirigentes del PP creen ya lo contrario: ven que el rey está desnudo, aunque los barones proclamen todos los días las

excelencias de su liderazgo con el desparpajo de un Camps que de día habla de democracia interna y de noche acapara avales para mostrar su poder territorial.

Este apoyo interesado sirve para muy poco porque los hechos son demoledores: ahí están las críticas de referentes como Alvarez-Cascos y Mayor Oreja, la penosa impresión provocada por las renunciadas de Zaplana y Acebes, la desafortunada amenaza a Esperanza Aguirre que luego Rajoy tuvo que rectificar, el descontento en el grupo parlamentario con los nombramientos o la decepción que empieza a cundir entre militantes y cuadros ante la falta de entusiasmo que transmite el líder.

La crisis en el PP se agrava en la medida en que cada vez es más visible la debilidad de Rajoy, respaldado únicamente por unos barones que salen beneficiados por el desplazamiento del poder hacia la periferia. Tras la derrota electoral, en lugar de dar paso a una autocrítica o a un proceso de renovación, Rajoy se ha enrocado en la convocatoria de un congreso en el que, gracias al control del aparato del partido y a los estatutos, no va a tener rival posible. La falta de democracia y transparencia de este modelo es tan visible que la ponencia que ha elaborado el PP propugna cambios importantes en los estatutos para que los militantes puedan participar en la elección del presidente en futuros congresos.

Rajoy tiene un problema de legitimidad en el origen por haber sido designado a dedo por Aznar. Pero a ello se suma también su peculiar forma de dirigir el partido, que ha fomentado en la pasada legislatura la creación de reinos de taifas con episodios como la cláusula Camps o la identidad nacional andaluza votada por Arenas. No en vano la cuestión que ha provocado la salida de María San Gil es su rechazo a la idea de

que los barones puedan pactar a su conveniencia con los partidos nacionalistas, rompiendo la coherencia de una política nacional. Lo que María San Gil se ha negado a aceptar es la claudicación de la defensa de la unidad de España en favor de la fragmentación a la que nos conducen los partidos nacionalistas.

Muchas de las cosas que han pasado en las últimas semanas son irreversibles, por lo que no quedan ya más que dos soluciones: que Rajoy recapacite y se vaya, dejando paso a un proceso democrático de renovación, o que, al menos, el congreso de Valencia sirva para convocar otro nuevo en el que se pueda elegir, conforme a nuevas reglas, a un líder con carácter y legitimación para devolver la ilusión al partido.